

CELEBRACIÓN DE LA JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ

Catedral de La Habana, 1 de enero de 1993

Excmos. Sres. Embajadores, Ilmo. Mons. Michael Courtney, Encargado de Negocios de la Nunciatura Apostólica en La Habana, distinguidos miembros del Cuerpo Diplomático, queridos hermanos y hermanas:

El tema de esta Jornada Mundial de la Paz pone ante nuestros ojos lo que ha venido a ser la condición de gran parte de la humanidad: la pobreza.

Sin embargo, la pobreza no es solo condición de muchos, sino efecto de una situación injusta, y por tanto, responsabilidad de no pocos seres humanos: políticos, propietarios de empresas y otros bienes, economistas, filósofos o pensadores y aun militares. De todos estos, unos son creadores de modelos de sociedad, otros ejecutores de planes ya pensados y otros participantes activos, con mayor o menor grado de conciencia, en proyectos económicos establecidos, o simples beneficiarios de los mismos, también hay críticos acérrimos, dispuestos siempre a esgrimir razones demoledoras o no constructivas, pero incapaces de proponer soluciones viables para el mal que combaten.

Mientras tanto, la pobreza parece extenderse amenazadoramente por vastas regiones de la Tierra.

También los cubanos conocemos la pobreza y no ciertamente a través de estadísticas comparativas o de estudios analíticos de diversas situaciones, sino por estar experimentándola. Ese es el modo que tienen los pueblos de percibir la pobreza: como un reto cotidiano a la satisfacción de las necesidades básicas de alimentarse, mantener la higiene y cuidar la salud; surgen casi forzosamente así modos de existir que desechan anteriores esquemas válidos de comportamiento y desestabilizan la vida de hombres y mujeres en sus expresiones más comunes y esenciales.

Nunca las carencias materiales fundamentales constituyen un elemento aislable en la vida de hombres y pueblos.

Cuando el ser humano está solo pendiente de sus necesidades elementales se altera la convivencia familiar, disminuye el rendimiento laboral, crece la agresividad y pueden envilecerse en sus aspiraciones, y en los medios para alcanzarlas, tanto el hombre como la mujer, el niño, el joven o el adulto.

La pobreza produce, además, en quienes la padecen, un sentimiento de urgencia. El pobre no puede esperar; su vida y la de los suyos están en peligro. De ahí que el riesgo de rompimiento de la paz social sea cierto. A esta urgencia hay que acudir también con urgencia porque la pobreza pone en peligro la paz.

«Si quieres la paz, sal al encuentro del pobre.» Este es el lema inspirador que el Papa Juan Pablo II ha escogido para esta Jornada de la Paz del año 1993. Se apoya esta invitación casi personal del Papa en la experiencia de siglos de guerras, en las cuales la pobreza ha tenido con frecuencia un peso decisivo o un papel detonador.

Dice al respecto el Santo Padre:

«El número de personas que hoy viven en condiciones de pobreza extrema es vastísimo. Pienso, entre otras, en las situaciones dramáticas que se dan en algunos países

africanos, asiáticos y latinoamericanos. Son amplios sectores, frecuentemente zonas enteras de población que, en sus mismos países, se encuentran al margen de la vida civilizada; entre ellas se encuentra un número creciente de niños que para sobrevivir no pueden contar con más ayuda que con la propia. Semejante situación no constituye solamente una ofensa a la dignidad humana, sino que representan también una indudable amenaza para la paz. Un Estado –cualquiera que sea su organización política y su sistema económico– es por sí mismo frágil e inestable si no dedica una continua atención a sus miembros más débiles y no hace todo lo posible para satisfacer al menos sus exigencias primarias.»

A continuación, el Papa Juan Pablo II indica los correctivos necesarios a los mecanismos económicos que hoy son usados prácticamente en todas partes, de modo que permitan garantizar una distribución más justa de los bienes.

Llama la atención la precisión y el realismo del Papa al tratar el tema de la economía:

«No basta solo el funcionamiento del mercado; es necesario que la sociedad asuma sus responsabilidades, multiplicando los esfuerzos, a menudo ya considerables, para eliminar las causas de la pobreza con sus trágicas consecuencias».

Y añade el Papa:

«Ningún país aisladamente puede llevar a cabo semejante medida... Es necesario trabajar juntos, con la solidaridad exigida por un mundo que es cada vez más interdependiente».

Y sigue el Santo Padre:

«Todo individuo y todo grupo social tiene derecho a poder proveer a las necesidades personales y familiares y a participar en la vida y en el progreso de su propia comunidad. Cuando este derecho no es reconocido, sucede frecuentemente que los interesados, sintiéndose víctimas de una estructura que no los acoge, reaccionan duramente».

Prueba de especial realismo da el Sumo Pontífice al tratar el tema de «la deuda externa». Con relación a ella dice el Papa:

«Las condiciones de devolución total o parcial deben ser revisadas, buscando soluciones definitivas que permitan afrontar plenamente las graves consecuencias sociales de los programas de ajuste. Además, será necesario actuar sobre las causas del endeudamiento, condicionando las concesiones de las ayudas a que los Gobiernos asuman el compromiso concreto de reducir gastos excesivos o inútiles –se piensa particularmente en los gastos para armamentos– y garantizar que las subvenciones lleguen efectivamente a las poblaciones necesitadas».

Es clara la intención del Papa de ir más allá de la denuncia, proponiendo soluciones posibles, quizá no las idealmente perfectas, pero sí alcanzables de algún modo. Detrás de estas propuestas está la ya aludida urgencia del pobre: los niños tienen hambre hoy, la gente se enferma física o psíquicamente hoy y están muriendo hoy mismo.

Ni una distribución populista de los bienes que incapacita al pobre para asumir su propio destino y ser parte activa del desarrollo, ni una política de inspiración neoliberal que centra sus esfuerzos en la acumulación de riquezas y aplaza siempre para mañana

(«cuando se dé la estabilización económica») el mejoramiento del pobre, pueden fundamentar un proyecto realmente humano de lucha contra la pobreza.

Es necesario, pues, que al reclamo de urgencia de los pobres corresponda un sentido de responsabilidad participativo y solidario, que tiene como primer motor la situación desesperada de los necesitados, incapaces, por causa de su misma situación, de tolerar largos plazos.

Este mismo móvil exige que se descarten los medios complejos o no experimentados por la ciencia económica, en aras de salvar con rapidez lo que se puede perder. Hay que salir pronto al encuentro del pobre.

En aparente contraste con esta urgencia de superar la pobreza, todo el Evangelio de Jesucristo parece descansar sobre la aceptación de la Buena Noticia por parte de los pobres. «*¡Te doy gracias, Padre, porque has revelado estas cosas a la gente sencilla y las has ocultado a los que son importantes!*». Así ora Jesús, al Padre, poniendo en lugar de honor a los más simples, a los más pobres.

También en su cántico de alabanza la Virgen María, que se sabe ya portadora del Mesías Salvador, engrandece con toda su alma al Señor que miró la pequeñez de ella, servidora del Dios que «*derriba del trono a los poderosos y enaltece a los pobres*».

El nacimiento de Jesús, el Hijo de Dios Salvador, se produce en la pobreza del pesebre de Belén y el Redentor crece en talla humana, favorecido por Dios, en el hogar pobre de Nazaret.

Cuando Jesús se presenta en público en la sinagoga de su pueblo, escoge el pasaje de Isaiás que describe al enviado de Dios como alguien que viene a «*dar una buena noticia a los pobres*». Jesucristo se identificará intencionalmente durante toda su vida pública con la figura de este servidor pobre y sufrido que describe el profeta Isaiás, y aún más, Él propone la pobreza como fuente de felicidad y condición para entrar en ese Reino de Dios que había venido a instaurar: «*Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos*». Pero pongamos atención, esto quiere decir: dichosos quienes en su espíritu son capaces de valorar el riesgo de las riquezas y sus espejismos y pueden descubrir así dónde se halla la verdadera felicidad: «*Donde está tu tesoro allí estará tu corazón*». El corazón, el espíritu, la interioridad del ser humano; el hombre y la mujer libres de ataduras y aptos para escuchar el mensaje y darles su adhesión, a estos se dirige Jesús y solo a ellos. «*¡Quien tenga oídos para oír, que oiga!*».

La pobreza evangélica, la que Cristo Jesús propone, es la relativización de los bienes materiales a la luz de los bienes del espíritu, de cara a Dios Padre, que nos ha mostrado su amor, y a nuestros semejantes, a quienes debemos amar como hermanos.

Por todo esto, la pobreza evangélica no puede ser presentada como la glorificación de un status social, sino como una llamada a no glorificar los bienes materiales para no quedar esclavos del ansia de poseerlos o del disfrute de ellos. «*¿No vale la vida más que la comida?*», dice Jesús, restaurando así la escala elemental de valores. «*Insensato, hoy te van a pedir el alma*». Con esta advertencia terrible concluye el Señor la parábola del hombre que almacenaba en su granero y solo soñaba en disfrutar. El hombre cautivo de los deseos de bienes materiales olvida su alma, olvida lo mejor de sí mismo, centra su existencia en lo que es inconsistente y perecedero.

El Evangelio nos descubre así que todo materialismo es engañoso, porque deja al hombre encerrado, de un modo u otro, dentro de los límites del mundo de las cosas.

Por esto todos tenemos el deber de ser solidarios para librar a la humanidad de aquella pobreza que no es actitud de espíritu, sino postración física, hambre y enfermedad. Porque las carencias envuelven al ser humano en su macabra espiral en la que no falta el egoísmo, y donde se incuba la violencia.

Refiriéndose a esto dice en su mensaje el Santo Padre:

La pobreza evangélica es muy distinta de la económica y social. Mientras esta tiene características penosas y a menudo dramáticas cuando se sufre como una violencia, la pobreza evangélica es buscada libremente por la persona que trata de corresponder así a la exhortación de Cristo: «Cualquiera de ustedes que no renuncie a todos sus bienes no puede ser discípulo mío» (Lc 14, 33).

«La pobreza evangélica es algo que transforma a quienes la viven; Estos no pueden permanecer indiferentes ante el sufrimiento de los que están en la miseria; es más, se sienten empujados a compartir activamente con Dios el amor preferencial por ellos. (Cf. Enc. Sollicitudo rei socialis, 42). Los pobres, según el espíritu del Evangelio, están dispuestos a sacrificar sus bienes y a sí mismos para que otros puedan vivir. Su único deseo es vivir en paz con todos, ofreciendo a los demás el don de la paz de Jesús».

Es así como la comunidad católica en Cuba desea servir solidariamente a nuestro pueblo en momentos de extrema escasez. A través de sus instituciones nacionales e internacionales como Cáritas, Misereor y otras, deseamos acudir a la urgencia de nuestros hermanos. Sabemos que la solución definitiva de nuestras carencias está en dependencia de diversos factores externos e internos. En esta Jornada de Oración por la Paz elevamos nuestras preces para que se remuevan los obstáculos que impiden la superación de las dificultades presentes y continuamos invitando a todos los católicos a cultivar sentimientos de solidaridad, a no dejarse arrastrar por el egoísmo y a compartir desde su pobreza. La caridad de la Iglesia en esta hora no se muestra principalmente por la cantidad de donaciones que podamos recibir, sino por el esfuerzo callado de tender la mano a quien lo necesite.

El Hijo de Dios, siendo rico, se hizo pobre por nosotros. Ese es el misterio de la Navidad que estamos celebrando en estos días. Cristo Jesús nos salvó desde su pobreza, y por el pan sencillo de todos los días y el vino generoso, fruto de la tierra, se hace Eucaristía. De este modo simple, la inmensidad de Dios llega a nosotros. Salgamos también nosotros, desde nuestra pobreza, al encuentro del pobre. Siempre hay espacio para el amor cristiano en las difíciles circunstancias de pobreza que experimentamos y que afectan, sobre todo, a los más débiles: a los enfermos, a los ancianos y a los que por cualquier razón no tienen las mismas posibilidades que otros en la sociedad. Todos estos deben sentir la solidaridad de los cristianos, que no podrá expresarse siempre con bienes materiales, sino ante todo por la calidad del amor que Jesucristo ha puesto en nuestros corazones.

Con todas nuestras fuerzas queremos contribuir así a que la Paz, que Cristo trae a todos los hombres, no se vea perturbada en los corazones de los cubanos ni en nuestra vida nacional en este año 1993 que hoy comienza. Así lo pedimos en este día a la Virgen Madre de Dios que siempre intercede por su pueblo desde su altar de El Cobre. Que Ella nos alcance de su divino Hijo las gracias que necesitamos para hacer que, en este año que comienza, el amor y la fidelidad se encuentren y se besen la justicia y la Paz.